

habilitados por el exceso de la fatiga, de la sed y del calor, fueron enteramente vencidos. El Rey Guido, Reinaldo de Chatillon, los maestros del Temple y del Hospital quedaron prisioneros con una infinidad de guerreros de menor consideracion. Despues de haber hecho prodigios de valor el conde de Trípoli, que sin embargo no pudieron restablecer su reputacion, se abrió paso con espada en mano por medio del enemigo, y se retiró á Tyro, llevando consigo el desprecio de los infieles y la execracion de los cristianos. Fue la pérdida mas sensible la de la verdadera cruz que llevaron á la pelea, segun uso. Los orientales cismáticos no manifestaron con menos viveza su dolor que los latinos. Los mismos mahometanos miraron este monumento sagrado como el fruto mas precioso de su triunfo.

23. Concluida la batalla, condujeron los prisioneros mas distinguidos á la tienda del sultan. Principió dando gracias á Dios por el buen suceso de sus armas, que menos atribuía á su valor que á las traiciones de los cristianos. Luego mandó sentar á su lado al Rey Guido de Lusignan, á Reinaldo de Chatillon y los otros señores. Como se hallaban devorados de la sed, trajeron sorbete y se le presentaron al Rey. Despues que bebió este Príncipe, pasó la copa á Reinaldo de Chatillon; pero Saladino dijo al Rey por medio de su intérprete: yo he presentado la copa á vos, y no á ese mónstruo que no debe esperar cuartel: y era que entre los árabes, aun en el dia á pesar de su carácter inhumano, el derecho de hospitalidad es tan

inviolable, que un prisionero á quien ellos dan de comer ó beber tiene asegurada la vida. Envió el sultan á los Príncipes cristianos á tomar algun alimento en un parage apartado. Luego volvieron á llevarlos á su presencia, y dirigiéndose á Reinaldo con tono terrible y con aspecto horroroso le reprendió el desprecio de la fe jurada, sus invectivas contra Mahoma, y aun el haber intentado saquear la Meca. „Debo, añadió, vengar á nuestro profeta y su ley. Tan solo bajo una condicion puedo perdonarte, y es que abracés la religion que has blasfemado. Los beneficios y los favores mas señalados ocuparán entonces el lugar de los castigos que tienes bien merecidos.” Reanimándose enteramente en este peligro estremado la fe que Chatillon habia practicado muy mal, despreció con energía así las promesas como las amenazas del musulman, y dijo con intrepidez que queria morir cristiano. Levantándose irritado Saladino, le descargó un golpe de cimitarra en la cabeza, y los que le acompañaban acabaron de matarle. Así cuentan los escritores mahometanos el martirio de Reinaldo de Chatillon. Todos los templarios y hospitalarios fueron sucesivamente degollados. Cuéntanse hasta doscientos templarios asesinados de este modo á sangre fria. No daban estos cuartel á los musulmanes, ni en paz ni en guerra; y Saladino creyó hacer un gran servicio al pais espurgándole, como decia, de todos estos asesinos.

24. Apenas forzara la ciudadela de Tiberiades, su primer objeto fue arrojar á los franceses de las pla-



zas marítimas para quitarles toda comunicacion con la Grecia y el resto de la Europa. En efecto, consiguió quitarles la mayor parte, bien fuera por composicion, ó bien á viva fuerza; permitiendo á los cristianos de las ciudades que se rendian retirarse con sus familias y bienes, tratando á los demás con una severidad proporcionada á su resistencia. Por esta causa Cesaréa que se defendió con vigor, fue entregada á las llamas y saqueada sin consideracion alguna.

Por último, en 19 de Setiembre atacó el sultan la ciudad de Jerusalem, que era el objeto capital de su empresa. Tenia bastantes fuerzas, y aun estaba en estado de poderse defender largo tiempo: mas la derrota de Tiberiades, la toma de otras tantas plazas, y sobre todo la pérdida de casi todos los oficiales mas distinguidos esparcieron la mas fatal consternacion. Acabó de desesperar á los sitiados el haber descubierto una conjuracion formada por los cristianos del rito griego que eran muchos; arrepintiéndose sobradamente tarde de haberlos atormentado sin consideracion. Hicieron proposiciones al sultan que las desechó con altivéz, contando con los conjurados que debian franquearle una puerta de la ciudad. Algunos escrúpulos propuso de su religion vengativa, y dijo que el honor y la conciencia le precisaban á vengar la sangre de tantos millares de musulmanes asesinados por los cristianos. Pero habiéndole replicado de parte de la Reina y de los señores, que si no les otorgaba una capitulacion honrosa, no tenia que esperar mas que una defensa la mas obstinada y todo el

resentimiento del valor ultrajado, temió reducirlos á la desesperacion, y capituló con las condiciones que siguen: que entregarían la ciudad en el estado en que se hallaba sin demoler cosa alguna: que la nobleza y los militares saldrian con armas y sin escolta para ir á Tyro, ó á cualquier otro lugar que quisiesen: que los ciudadanos llevarian sus muebles, y serian conducidos igualmente con seguridad, pagando antes un tanto fijo por cabeza.

Bajo de estas condiciones fue entregada Jerusalem, el viernes, segundo dia de Octubre, á Saladino, que preciado de generoso y fiel á su palabra, las hizo observar con una rigurosa exactitud. Habiendo recogido el patriarca Heraclio todas las riquezas y los ornamentos de la iglesia, hasta las planchas de oro y plata de que estaba cubierto el santo sepulcro, pretendieron los oficiales del sultan que la capitulacion solo permitia llevar los bienes de los particulares. Quiso Saladino, que supuesto que no esceptuaban los de las iglesias, no se agravase mas el infortunio de aquellos desgraciados con razones que no eran incontestables á la letra. Manifestó en todas las cosas una magnanimidad igual. Trató á la Reina Sibila, como tambien á las Princesas sus hijas, con mucho respeto, y la dió esperanzas de la libertad del Rey su esposo á costa de un mediano rescate, que se verificó al punto con la entrega de la ciudad de Ascalon. Seguian en gran número á la Reina las mugeres y jóvenes de Jerusalem, llevando los niños por la mano, y lamentándose lastimosamente. Díjoles el ven-



cedor: ¿qué podría él hacer para mitigar su dolor? „Señor, le contestaron, todo lo hemos perdido; pero podreis sin menoscabo de vuestro poder convertir nuestra desgracia en alegría. Tornadnos nuestros padres, tornadnos nuestros esposos que gimen entre cadenas, os abandonamos gustosas todo lo demás. Confundidas sus lágrimas con las nuestras, les quitarán toda su amargura; y el que alimenta á las aves del cielo, nos alimentará á nosotros y á nuestros hijos.” Inmediatamente mandó Saladino buscar entre los cautivos todos aquellos que reclamaban, pagó de su tesoro su rescate á los soldados, é hizo á estas familias desgraciadas diversos regalos proporcionados á su condicion.

25. Mas al paso que este Príncipe infiel hacia brillar su humanidad, otro tanto el conde de Trípoli se mostraba indigno de la ley de gracia y de caridad que profesaba. Apenas aquellas infelices llegaron á él buscando su refugio, les quitó con vileza cuanto Saladino les habia dado; y las abismó en tal desesperacion, que viéndose una muger reducida á no tener de que alimentar á su infante, le echó en el mar. No tardó en recibir el premio de su rapiña detestable. Saladino, lejos de tratarle como favorecido y hombre de confianza, quiso poner guarnicion en Trípoli. Perdió el conde el juicio, y asaltado de una especie de rabia, murió de repente.

Así que los cristianos francos salieron de Jerusalem, los musulmanes derribaron todas las cruces, las pisaron, cometiendo en ellas toda especie de p. fa-

naciones, como en instrumentos de idolatría afrentosos al mismo Mesías, segun el alcoran que dice que no fue Jesus el crucificado, sino Judas en su lugar. Fueron todas las iglesias convertidas en mezquitas, escepto la del santo sepulcro, por causa de las peregrinaciones que hacian la riqueza de Jerusalem, aunque no fue permitido visitar los santos lugares, á no ser sin armas, siendo pocos en número los peregrinos, y pagando algunos derechos. Permanecieron en ella los cristianos sirios, armenios, griegos y de todos los demás ritos, esceptuando el latino. Tal fue el estado á que vino Jerusalem bajo la dominacion de los infieles, despues de haber agotado á la Europa durante ochenta y ocho años de casi todas sus riquezas y de sus mas distinguidos paladines. No conservaron los latinos en oriente mas que tres plazas considerables, Antioquia, Tyro y Trípoli.

26. Llegaron estas noticias á Italia con aquella rapidéz que acompaña á la fama en sus anuncios funestos (1). Súpolas en menos de tres semanas Urbano III, y murió de sentimiento el 19 de Octubre de 1187, despues de un pontificado de menos de dos años. Eligieron en su lugar á Alberto, cardenal cancelario de la iglesia romana, que tomó el nombre de Gregorio VIII, en 20 del mismo mes. Hizo concebir su eleccion las mayores esperanzas. Píntale el historiador Hugo de Auxerre como un hombre sabio, elocuente, de gran celo, de sanas costumbres y aun de vida egemplar. Mas solo ocupó la silla un mes y

(1) *Gervas. Chron. pag. 1507.*



veintisiete dias, habiendo muerto en Pisa, donde acababa de reconciliar esta república con la de Génova (ambas poderosísimas á la sazón), á fin de que trabajasen de comun acuerdo en la reconquista de la tierra santa. Tres dias despues de su muerte; el 19 de Diciembre, eligieron en Pisa mismo por sucesor á Paulo ó Paulino, cardenal, obispo de Palestina, á quien dieron el nombre de Clemente III.

Aplicóse luego despues de su coronacion á restablecer sólidamente la paz entre los romanos agitados por repetidas facciones durante muchos pontificados. Era el objeto principal de esta larga division la ciudad de Túsculo, perteneciente al Papa, y que los romanos despues de algunas batallas deshonrosas, querian enteramente someter para reparar su honor. Cedió el Papa Clemente sus derechos sobre las fortificaciones de esta plaza, y con esta condicion le volvieron su ciudad, su senado y el derecho de fabricar moneda, reservando con todo la tercera parte de ella para los senadores, hasta que las deudas contraidas con ellos por algunas iglesias fuesen del todo satisfechas (1). Además se obligaron, así que fuesen requeridos, á marchar con sus tropas, las que tendria entonces el Papa á sus espensas, siguiendo el antiguo método. Concluido este tratado, pasó Clemente III á Roma, donde se halló á 3 de Marzo.

27. Dió entonces las disposiciones oportunas para hacer predicar la cruzada en los diversos estados de la cristiandad. Envió legados á Alemania, Francia é

(1) *Rog. pag. 689.*

Inglaterra. Mandó egecutar lo que habia ordenado su predecesor para aplacar ante todo la ira de Dios, á saber, ayunar por espacio de cinco años todos los viernes. Los que disfrutaban de completa salud, debian abstenerse tambien de comer carne los miércoles y sábados, á lo que los eclesiásticos añadieron el lunes. Fue el primero en dar egemplo de una reforma general en el gasto de la mesa, de los muebles, de los vestidos y equipages, á fin de asistir con mas liberalidad á los que se cruzasen. Impusieronse los cardenales como un deber el imitarle. El sabio y celoso arzobispo de Tyro Guillermo, que habia ya pasado otra vez el mar para asistir al último concilio general, llegó á Europa para interesar los Príncipes á favor de la suerte deplorable de los latinos orientales. Entonces dispuso una conferencia entre los Reyes de Francia y de Inglaterra que se hacian una guerra muy viva. En esta asamblea augusta y numerosa pintó con colores tan vivos la desolacion de la iglesia de oriente, y los males aun mas espantosos que la amenazaban, que los dos Reyes olvidando sus querellas particulares, no pensaron mas que en vengar la injuria de la Religion. Tomaron al punto la cruz, y á su egemplo la tomaron tambien Ricardo, conde de Poitiers, hijo primogénito del Rey de Inglaterra; Hugo III, duque de Borgoña; Felipe, conde de Flandes, y otros muchos señores de menor consideracion. Convinieron para distinguir las naciones en que los franceses llevarian una cruz roja, los ingleses una blanca, y los alemanes verde.



28. Para impedir los desórdenes durante el viage, se publicaron diversas ordenanzas, y tambien para mantener la paz en los dos reinos cuyos Soberanos se habian cruzado. Tambien se estableció en estas circunstancias la imposicion famosa que fue llamada décima saladina, como exigida para hacer la guerra á Saladino. Quedaron obligados todos cuantos no se cruzaron á pagar durante el año de 1188 la décima parte de todas sus rentas, y aun de sus muebles. Sujetaron al anatéma los refractarios; y para asegurar aun mejor la percepcion, establecieron comisarios poderosos y vigilantes, entre ellos un templario, un hospitalario, un ministro del Rey y un obispo. Fueron sometidas las personas de todo estado y condicion á este impuesto, clérigos y legos, seculares y regulares, esceptuando los leproseros, los cartujos, los cistercienses y los de Fontevrault. Murmuraron los eclesiásticos y publicaron sus quejas por medio del sabio Pedro Blesense. Dijeron que la Iglesia quedaba de este modo reducida á servidumbre; aplicando á las cosas temporales la idea de la libertad santa, que solo se refiere á la esencion del pecado y de las ceremonias legales, y que mira por otra parte al cuerpo de los fieles de la propia manera que al clero. Desatendiéronse estas quejas, y la colecta llegó á su debido efecto.

29. Sobrevino entretanto entre los Reyes de Francia y de Inglaterra una guerra nueva que retardó su partida. Habiendo Ricardo, primogénito del Monarca inglés, abandonado al Rey su padre para ponerse ba-

jo la proteccion de Felipe Augusto, envió el Papa Clemente al cardenal Juan de Anagni para dar fin á una diferencia tan poco necesaria. Túvose una conferencia en Ferte-Bernard, donde el legado habia reunido los Monarcas con el Príncipe Ricardo. Desde luego exigió Felipe Augusto el cumplimiento del matrimonio que se habia prometido entre su hermana Alix y el conde de Poitiers. Por el contrario, queria el Rey Enrique casar con Alix á Juan, su segundo hijo, de quien creía poder recelar menos que de Ricardo. Vista una diferencia tan poco conciliable, protestó el legado que si el Rey Felipe no convenia con el Rey de Inglaterra, pondria entredicho en todos los estados de Francia (1). Felipe, al paso que respetaba con religiosidad los verdaderos derechos de la Cabeza de la Iglesia, tenia muchas luces y una alma muy elevada para que pudiera venir á bien en el menor menoscabo de las prerogativas, igualmente eminentes y naturales de su corona. Protestó que no deferiria á una sentencia claramente injusta: que no habia en la tierra poder autorizado para impedir á los Monarcas franceses reprimir á los vasallos rebeldes, y vengar las injurias y el desprecio de su corona: que las esterlinas de Inglaterra podrian muy bien alucinar á un cardenal, pero jamás debilitarian la magestad y la soberanía de un Monarca francés.

Sostuvo Felipe con sus hazañas este noble orgullo, y el Rey Enrique se vió reducido á firmar un tratado por el cual se puso á su discrecion. Entre

(1) *Chron. Clarav. Rog. pag. 652.*